

alba livida. Los horrendos recuerdos volvían: la batalla de la víspera, la huida, el desastre, en la lucidez aguda del despertar. Lo volvió á ver todo, hasta el menor detalle, sufrió atrocemente de aquella derrota, que repercutía en todas las raíces de su sér, como si se hubiera sentido culpable. Y razonaba el mal, analizándole, encontrando afinada la facultad de devorarse á sí mismo. ¿No era él el primero un advenedizo, un cualquiera de aquella época, con una instrucción muy brillante es cierto, pero de una ignorancia supina de todo aquello que hubiera debido saber, además vanidoso hasta el punto de estar ciego, pervertido por la impaciencia de gozar y por la prosperidad engañadora del reino? Después era otra evocación: su abuelo, nacido en 1780, uno de los héroes del Gran Ejército de Napoleón 1.º, uno de los vencedores de Austerlitz, de Wagram y de Friedland; su padre nacido en 1811, yendo á parar á la burocracia, modesto empleado, recaudador en el Chene Populeux, donde se había gastado; él, nacido en 1841, educado como un señorito, hecho un abogado, capaz de realizar las mayores tonterías y de abrigar los más grandes entusiasmos, vencido en Sedan, en una catástrofe que adivinaba era inmensa, que acababa un mundo, y aquella degeneración de la raza, que explicaba de que modo la Francia victoriosa con los abuelos, había podido ser derrotada con los nietos, le oprimía el corazón, como una enfermedad de familia, agravada lentamente, llegando á la catástrofe final, al sonar la hora. ¡Con la victoria se hubiera sentido tan valiente y triunfante! En la derrota, con una debilidad nerviosa de mujer, cedía á una de esas desesperaciones inmensas, donde se hundía el mundo entero. No quedaba ya nada, Francia estaba muerta. Las lágrimas le ahogaban, lloraba, juntó las manos, encontrando las oraciones de su niñez:

—¡Dios mío! ¡tomadme, llevadme de este mundo!... ¡Llevaos á todos esos desgraciados que padecen!...

Envuelto en su manta, en el suelo. Juan se movió y acabó por sentarse.

—¿Qué tienes?... ¿Estás enfermo?

Después, comprendiendo que esas ideas de Mauricio eran de las que no sirven para devanarse los sesos, añadió:

—¡Vamos á ver, hombre! ¿qué tienes? ¡No pases apuros por tan poca cosa!

—¡Ah! dijo Mauricio, ¡estamos perdidos! Podemos prepararnos á ser prusianos.

Y como Juan, con su dura cabeza de hombre sin instrucción, se extrañaba, trató de hacerle comprender la degeneración de la raza, su desaparición necesaria bajo una oleada de nueva sangre. Pero el aldeano meneando con fuerza la cabeza, no admitía explicaciones.

—¡Cómo! ¿mi campo no va á ser mío? ¿Lo dejaría coger á los prusianos cuando aun no estoy muerto del todo y tengo mis dos manos? ¡Vaya, vaya, pues no faltaba más!

Después, á su vez, emitió su idea como pudo. ¡Habían recibido una paliza tremenda; eso era innegable! Pero todos no habían muerto, tal vez quedaban algunos y éstos bastarían para construir la casa, si eran buenos, trabajaban mucho y no se bebían lo que ganaban. En una familia, cuando se trabaja y se ahorra, siempre hay medio de salir adelante, á pesar de los contratiempos. Aun á veces es bueno recibir una lección: eso hace reflexionar. Y si era cierto que había algunos miembros podridos en alguna parte, más valía cortarlos de un hachazo que no reventar como del cólera.

—¡Perdidos, no, no! Yo no me siento perdido. Y, aunque estropeado, con el pelo pegado aún por la sangre seca, se levantó como si tuviera ne-

cosidad grande de vivir, de volver á coger el azadón y el arado para construir su casa, segun habia manifestado. Pertenece á la tierra, era prudente y obstinado, del país de la razón, del trabajo y del ahorro.

—A pesar de todo, me da lástima el emperador... Los negocios marchaban al parecer, el trigo se vendía... ¡Pero en realidad ha sido demasiado tonto; al demonio se le ocurre meterse en un lío como este!

Mauricio, que permanecía aniquilado, tuvo otro momento de desesperación.

—¡Ah! el emperador... Yo le quería á pesar de todo, á pesar de mis ideas de libertad y de república... Si; tenía eso en la masa de la sangre, por mi abuelo sin duda... Y ahora resulta que por ese lado todo está podrido. ¿A dónde vamos á parar?

Sus ojos se extraviaban, lanzó un lamento tan doloroso que Juanse decidía á acudir hasta él cuando vio á Enriqueta. Acababa de despertarse al oír el ruido de voces en el cuarto de al lado. Un día pálido alumbraba ahora la habitación.

—Llega usted á tiempo para regañarle,—dijo sonriéndose.—No es muy bueno.

Pero al ver á su hermana tan pálida, tan afligida, sobrevino en Mauricio una crisis de enternecimiento. Abrió los brazos y la atrajo sobre su pecho. Cuando estuvieron abrazados lloraron y sus lágrimas se mezclaron.

—¡Ah, pobrecita, pobrecita mía; aún avergonzado estoy de no tener valor para consolarte!... ¡Ese pobre Weiss, tu marido que tanto te quería! ¿qué va á ser de tí? Siempre has sido la víctima, sin haberte quejado nunca... ¡Cuántos pesares te he causado en este mundo y quién sabe si aún te causaré otros!

Le hacía callar, le tapaba la boca con la mano, cuando en aquel momento entró Delaherche, tras tornado, fuera de sí. Había concluido por bajar de

la terraza, hostigado por el hambre, por una de esas hambres nerviosas que el cansancio exaspera; y como había vuelto á entrar en la cocina para tomar algo caliente, encontró allí á la cocinera con un pariente suyo, de Bazeilles, á quien estaba dando precisamente un vaso de vino caliente. Y aquel hombre, uno de los últimos que había quedado allá en medio de los incendios, le había contado que su tintorería estaba completamente destruída y que sólo era un montón de escombros.

—¡Vaya unos bandidos! ¡creerán ustedes,—dijo dirigiéndose á Juan y á Mauricio, que van á incendiar á Sedan como han incendiado á Bazeilles ayer... ¡Estoy arruinado, estoy arruinado!

La herida que Enriqueta tenía en la cabeza llamó su atención y se acordó que no había podido hablar aún con ella.

—¡Es verdad, ha ido usted allí, y ha cogido usted eso!... ¡Pobre Weiss!

Y, bruscamente, comprendiendo al ver los ojos rojos de tanto llorar, que Enriqueta sabía la muerte de su marido, relató un detalle horrible que el pariente de la cocinera le había contado.

—¡Pobre Weiss! Parece que le han quemado... Sí, han echado los cuerpos de los vecinos fusilados en la hoguera de una casa incendiada, regada con petróleo.

¡Estremecida, horrorizada, Enriqueta le escuchaba. ¡No iba á tener el consuelo de recoger y enterrar á su querido muerto, cuyas cenizas dispersaría el viento! Mauricio la cogió de nuevo, en brazos, la acarició pidiéndola no llorara tanto.

Al cabo de un rato de silencio, Delaherche, que miraba por las ventanas, se volvió para decir á los dos soldados:

—¡Ah! á propósito; me olvidaba decirles que allá abajo en la cochera, un oficial está distribuyendo dinero á los soldados para que no caigan en poder

de los prusianos. Debiérais bajar, siempre es conveniente tener dinero, si no nos hemos muerto todos esta noche.

El consejo era bueno, Mauricio y Juan bajaron después que Enriqueta consintió en acostarse en el sofá donde había dormido su hermano. En cuanto á Delaherche, atravesó el cuarto vecino donde encontró á Gilberta, que continuaba durmiendo tranquilamente, sin que los ruidos la hubieran hecho cambiar de postura. Y desde allí echó una ojeada al cuarto donde velaba su madre al coronel Vigneuil, pero ésta se había dormido, mientras que el coronel, con los párpados cerrados, no se había movido, aniquilado por la fiebre.

Abrió los ojos y preguntó:

—¿Ha acabado? ¿no es verdad?

Contrariado por aquella pregunta que le detenía en el momento en que esperaba escaparse, Delaherche hizo un gesto de cólera, ahogando la voz.

—¡Sí, se ha acabado hasta que vuelva á empezar! No se ha firmado nada.

Con voz muy baja, el coronel continuó, empezando á delirar.

—¡Dios mío! ¡que muera antes de que acabe! No oigo el cañoneo. ¿Por qué no tiran más?... Allá arriba, en Saint Menges, en Fleigneux, dominamos todos los caminos, echaremos los prusianos al Meno se si se atreven á volver sobre Sedan para atacarnos. La ciudad está á nuestros pies, entre nosotros y ellos, como un obstáculo que refuerza nuestras posiciones... ¡Adelante! El 7.º cuerpo irá á la cabeza, el 12.º protegerá la retirada...

Y sus manos se agitaban sobre las mantas, como si fuera á caballo. Poco á poco se detuvieron á medida que sus palabras se hacían más pesadas y que se iba durmiendo.

Dejó de hablar, estaba sin aliento, atontado.

—Descanse usted, volveré cuando tenga más no

ticias; y después de haberse asegurado de que dormía su madre, desapareció.

En la cochera, abajo, Juan y Mauricio, habían encontrado, sentado sobre una silla de cocina, delante de una mesa de pino, á un oficial pagador, el cual, sin pluma, sin recibos, sin papeles de ninguna clase, distribuía fortunas. Metía la mano en los sacos llenos de monedas de oro y sin tomarse el trabajo de contar, á puñados, llenaba los kepis de los sargentos del 7.º cuerpo que desfilaban ante él. Se había convenido que los sargentos distribuirían la suma entre los soldados de sus compañías. Cada uno iba recibiendo aquello, como avergonzado, como si fuera una ración de café ó de carne, y después se iban, vaciando sus kepis en los bolsillos, para no encontrarse en las calles con todo aquel oro á la luz del día. La operación se hacía en silencio, no se pronunciaba una palabra, solo se oía el ruido cristalino de las monedas, entre el estupor que causaba á aquellos muchachos verse con aquellas riquezas, cuando ya no quedaba en la ciudad, un pan ni un cuartillo de vino que comprar.

Cuando Juan y Mauricio se acercaron, el oficial retiró primero el puñado de monedas de oro que tenía en la mano.

—No son ustedes sargentos ni uno ni otro, dijo... Sólo los sargentos tienen derecho á cobrar...

Después, cansado y deseando acabar:

—Tome usted, cabo, lo mismo da... ¡Pronto á otro!

Y había dejado caer las monedas de oro en el kepi que Juan le tendía. Este, emocionado al ver aquella suma, cerca de seiscientas pesetas, quiso que Mauricio tomase en seguida la mitad. Podían verse separados cuando menos lo pensarán.

Hicieron el reparto en el jardín, delante de la ambulancia, y después entraron en ésta, reconociendo encima de la paja, casi á la entrada, al tam-

bor de su compañía, Bastian, un muchacho muy alegre, que había tenido la desgracia de recibir un balazo en la ingle á eso de las cinco de la tarde, cuando ya había concluído la batalla. Estaba agonizando desde la víspera.

A la luz de la mañana, en el momento en que se despertaban, la ambulancia los dejó helados. Tres heridos habían muerto durante la noche, sin que nadie la hubiera advertido; y los enfermeros hacían sitio para otros, llevándose los cadáveres. Los que habían sido operados la víspera, en su somnolencia, abrían los ojos, miraban atontados aquel inmenso dormitorio de sufrimientos, donde, sobre la paja estaba echado todo un rebaño, medio degollado. Aunque habían barrido la víspera, después de terminar la horrible tarea, el suelo conservaba señales de sangre, una gran esponja tinta en sangre parecida á una cereza, nadaba en un cubo de agua; una mano olvidada con los dedos rotos, estaba al lado de la puerta, bajo el cobertizo. Eran las migajas de la carnicería, el horrendo deshecho de una matanza, en el triste amanecer. Y la agitación, esa necesidad de vida turbulenta de las primeras horas, había reemplazado al anonadamiento de la fiebre. Apenas se oía, interrumpiendo el silencio, un quejido ensordecido por el sueño. Los ojos vidriosos se asustaban al volver á ver el día, las bocas empastadas lanzaban un aliento malsano, toda la sala caía en esa tristeza de los días sin fin, lívidos, nauseabundos, cortados por agonías, que iban á vivir los desgraciados estropeados, que acaso saldrían á los dos ó tres meses con un miembro de menos.

Bouroche, que empezaba su visita después de algunas horas de descanso, se paró delante de Bastian y después pasó haciendo un imperceptible movimiento de hombros. Nada hacía que hacer. Bastian había abierto los ojos y, como resucitado, se-

gula con la vista á un sargento que hacía tenido la buena idea de entrar, con su kepis lleno de oro, para ver si quedaba allí algún soldado de su compañía. Precisamente encontró á dos y dió á cada uno veinte francos. Llegaron otros sargentos y el oro empezó á llover sobre la paja. Y Bastian, que había logrado sentarse, tendió sus manos que la agonía sacudía.

—¡A mí, á mí!

El sargento quiso pasar adelante como había pasado Bourouche. Después, cediendo á un impulso de hombre bueno, echó las monedas sin contar en las dos manos ya frías.

—¡A mí, á mí!

Bastian había caído de espaldas. Trató de recoger el oro que se le escapaba, lo tentó con los dedos tiesos. Y murió.

—¡Buenas noches, dijo un zuavo que se hallaba al lado, éste ha apagado la vela! Es lástima cuando se tiene con que echar un trago.

El zuavo tenía el pie izquierdo en un aparato. Logró levantarlo un poco y arrastrarse con los codos y con las rodillas; y al llegar cerca del muerto lo recogió todo, registró las manos y los pliegues del capote. Cuando volvió á su puesto, notando que le miraban, se conformó con decir:

—¡No es cosa de que se pierda!

Mauricio, oprimido el corazón en aquella atmósfera de tristeza, se llevó á Juan. Al atravesar el cobertizo vieron á Bourouche, exasperado por no haber podido procurarse cloroformo, que se decidía á cortar una pierna á un chico de unos veinte años. Y huyeron de allí para no ver ni oír.

En aquel momento Delaherche volvía de la calle. Los llamó y les dijo:

—¡Subid, subid pronto, vamos á almorzar; la cocinera ha logrado encontrar leche y no es cosa de desrerdiciarlo, pues hay que tomar algo caliente!

Y á pesar de los esfuerzos que hacía, no podía ocultar la alegría que le embargaba. Bajó la voz y añadió muy satisfecho:

— ¡Esta vez es cosa hecha! El general Wimpffen ha ido á firmar la capitulación.

¡Ah! ¡qué gran desahogo; su fábrica se había salvado, la atroz pesadilla desaparecía, iba á volver á la vida dolorosa, pero al fin á la vida! Daban las nueve: era Rosa que había ido á casa de una panadera tía suya para comprar pan, quien le había dado cuenta de los sucesos ocurridos aquella mañana en la subprefectura. A las ocho, el general Wimpffen había reunido un nuevo consejo de guerra compuesto de treinta generales, á los que dió cuenta del resultado de su entrevista, sus inútiles esfuerzos y las duras exigencias del enemigo victorioso. Sus manos temblaban, una emoción violenta le llenaba los ojos de lágrimas. Y estaba hablando aún cuando se presentó un coronel de Estado Mayor prusiano, en nombre del general Moltke, para recordar que si á las diez no se había tomado una resolución se abriría el fuego sobre Sedan. El consejo, entonces, ante la espantosa situación, no había tenido más remedio que autorizar al capitán para que volviera de nuevo al palacio de Bellevue para aceptarlo todo. El general debía hallarse allí; el ejército francés era prisionero con armas y bagajes.

Después Rosa se había extendido en detalles, dando cuenta de la extraordinaria agitación que reinaba en la ciudad, desde que se sabía la noticia.

En la subprefectura había visto á unos oficiales que arrancaban sus charreteras llorando como niños. Sobre el puente, los coraceros tiraban sus sables al Meuse y todo un regimiento había desfilar, lanzando cada cual el suyo, veían saltar el agua, y luego entraban en las filas. En las calles, los soldados cogían los fusiles por el cañón y destrozaban

las culatas contra las paredes; mientras que los artilleros, que habían arrancado el mecanismo de las ametralladoras, las tiraban á las alcantarillas. Había muchos que enterraban y quemaban las banderas. En la plaza de Turenne, un viejo sargento, subido sobre un guardacantón, insultaba á los jefes, los trababa de cobardes, como si le hubiese atacado súbita locura. Otros parecían estar atontados y lloraban. Y, es preciso decirlo, otros, el mayor número, estaban alegres, se les había quitado un peso enorme de encima. ¡Era el fin de sus miserias, eran prisioneros, no se batirían más! Llevaban tantos días sufriendo, con aquellas caminatas y sin comer! Además ¿para qué batirse puesto que no eran los más fuertes? ¡Habían hecho muy bien los jefes, si como se decía, los habían vendido, para acabar pronto! ¡Era tan consoladora la idea de que iban á tener pan blanco y á dormir en buenas camas!

Allá arriba, al entrar Delaherche en el comedor, con Mauricio y Juan, su madre le llamó:

— Ven, el coronel me da cuidado.

El señor Vineuil, con los ojos abiertos había vuelto á hablar, agitado por la fiebre.

— ¡Qué importa! si los prusianos nos cortan el camino de Mezieres... Ahí están, ya han dado la vuelta al bosque de Falisette, mientras que otros suben por el valle del Givonne... La frontera está detrás de nosotros y la pasaremos de un salto cuando hayamos matado todos los que podamos... Eso era lo que yo quería ayer...

Pero su miraba ardiente acababa de cruzarse con la de Delaherche. Le reconoció, pareció volver á la horrible realidad preguntó por tercera vez:

— ¡Se ha acabado! ¿no es verdad?

El fabricante de paños no pudo contener su alegría.

— ¡Ah, sí! ¡A Dios gracias! Se acabó. La capitulación debe estar firmada á estas horas.

El coronel se puso de pie, á pesar de su herida; cogió su espada, que estaba sobre una silla y quiso romperla. Pero sus manos temblaban demasiado, el acero cayó al suelo.

—¡Tenga usted cuidado! ¡se va á cortar!—gritaba Delaherche. Es peligroso, quítale eso de las manos.

Y fué la señora Delaherche quien se apoderó de la espada. Después, ante la desesperación del señor Vineuil, en vez de esconderla como su hijo la decía, la rompió de un golpe seco, contra su rodilla, con una fuerza extraordinaria, de la que ella misma no se creía capaz. El coronel dirigió á su anciana amiga, una mirada muy tierna.

En el comedor, la cocinera acababa de servir el café con leche, para todo el mundo. Enriqueta y Gilberta se habían despertado; esta última descansada gracias á un buen sueño, con la cara fresca y los ojos alegres; y abrazaba tiernamente á su amiga, á quien tenía mucha lástima. Mauricio se colocó cerca de su hermana, mientras que Juan, un poco avergonzado, habiendo tenido que aceptar el convite, se encontró enfrente de Delaherche. La señora Delaherche no quiso sentarse á la mesa, la llevaron una taza y bebió el café. Pero, á su lado, el desayuno de los cinco, primero silencioso, fué animándose. Estaban sumamente débiles, tenían mucha hambre, y ¿cómo no iban á estar alegres, cuando se encontraban allí, intactos, cuando millares de infelices quedaban tendidos en el campo? En el gran comedor, el mantel blanco daba alegría á los ojos, y el café con leche, muy caliente, estaba delicioso.

Hablaron. Delaherche, tranquilo, había vuelto á su aspecto de rico industrial, con una bondad de patrón á quien halaga la popularidad, duro solamente para la falta de éxito; volvió á hablar de Napoleón III, cuya fisonomía no se apartaba de su vis-

ta. Y se dirigió á Juan, el único muchacho sencillo que pudiera atenderle.

—¡Ah! puedo decirlo, el emperador me ha engañado... Porque sus paniaguados podrán pedir para él se tengan en cuenta todas las circunstancias atenuantes que quieran, pero lo cierto es que es el primero, el único causante de nuestros desastres.

Olvidaba ya que, siendo bonapartista acérrimo, había trabajado algunos meses antes para que triunfara en el plebiscito. Y no le inspiraba lástima desde aquel momento el que iba á ser el hombre de Sedan; le echaba en cara todas las iniquidades.

—Es un hombre incapaz de nada, como nos vemos obligados á reconocerlo ahora; pero esto no importaría nada después de todo... Un espíritu quimérico, una cabeza mal equilibrada á quien ha parecido favorecer la suerte mientras todo le ha salido bien... No, créame usted, no es necesario que traten de apiadarnos sobre su destino, diciéndonos que le han engañado, que la oposición le ha negado los hombres y los créditos necesarios. Es él quien nos ha engañado. Sus vicios y sus faltas nos han metido donde nos encontramos.

Mauricio, que no quería hablar, no pudo menos de sonreirse; mientras que Juan, que se hallaba cohibido temiendo soltar algún disparate, solo se permitió decir:

—Sin embargo, dicen que es una buena persona.

Aquellas palabras, dichas con toda modestia, sacaron de quicio á Delaherche. Todo el miedo que había tenido, todas las angustias que le habían mortificado estallaron en un arranque de desesperación, casi de odio.

—¡Una buena persona! ¡Eso se dice pronto!... ¡No sabe usted que en mi fábrica han caído tres granadas y que no es por culpa del emperador si no se ha quemado... ¡Sabe usted que yo, que le hablo, voy á perder más de cien mil francos con todos estos

jaleos! ¡Ah, no, no! Francia invadida, incendiada, exterminada, la industria paralizada, el comercio destruído ¡esto es demasiado! ¡De una buena persona así que nos libre Dios!... ¡Está en el fango y en la sangre, que se quede!

Con el puño hizo un gesto como si quisiera mantener bajo el agua á algún miserable que hubiera intentado salir. Después acabó de beber su café. Gilberta se había reído involuntariamente al notar las distracciones de Enriqueta, á quien servía como si fuera un niño. Cuando acabaron el desayuno, siguieron aún en la paz feliz del gran comedor fresco.

Y, en aquella misma hora, Napoleón estaba en la pobre casita del tejedor, en el camino de Donchery. A las cinco de la mañana, había querido abandonar la sub prefectura, muy molestado al sentir á Sedan alrededor suyo, como un remordimiento y una amenaza, atormentado por la necesidad de apaciguar su corazón sensible, obteniendo para su desgraciado ejército mejores condiciones. Deseaba ver al rey de Prusia. Había tomado un coche de alquiler y recorría la carretera adornada por los álamos, la primera etapa del destierro, llevada á cabo, con el fresco del amanecer, con la sensación de toda la grandeza caída que abandonaba en su huida; y sobre aquella carretera había encontrado á Bismarck que llegaba á escape, con su gorra vieja, con sus botazas enormes, con el único deseo de divertirse, de impedirle viera al rey, mientras no se firmara la capitulación. El rey estaba aún en Vendresse, á catorce kilómetros. ¿Y dónde ir? ¿Bajo qué techo aguardar? Allá, perdido en una nube de tempestad, el palacio de las Tullerías había desaparecido. Sedan parecía haber retrocedido leguas, como cerrando por un río de sangre. No existiendo ya más palacios imperiales en Francia, no quedaban más albergues oficiales, ni un rincón en casa del menor

funcionario, donde se atreviese á sentarse. Y fué en la casita de un tejedor donde quiso recogerse, en una humilde casa, vista en el borde del camino con su diminuta huerta, cerrada por una tapia, su fachada de un piso, con las pequeñas ventanas tristes. Arriba, el cuarto blanqueado con cal, con suelo de ladrillo, no tenía más muebles que una mesa de pino blanco y dos sillas de paja. Aguardó allí muchas horas, primero en compañía de Bismarck, que se sonreía al oírle hablar de generosidad, solo después, arrastrando su miseria, pegando su cara lívida contra los cristales, mirando aún aquella tierra de Francia, aquel Meuse, que se deslizaba tan hermoso por entre los campos fértiles.

Después, al día siguiente, los demás días, fueron las otras etapas atroces: el palacio de Bellevue, aquel lindo castillo, dominando el río, donde durmió, donde lloró después de su entrevista con el rey Guillermo; la cruel salida, Sedan evitado por temor á la cólera de los vencidos, de los hambrientos; el puente de barcas que los prusianos habían echado en Iges, el largo rodeo al Norte de la ciudad, los atajos, los caminos separados de Floing, de Fleigneux, de Illy, toda aquella lamentable huida, en coche descubierto; y allí, sobre aquella trágica meseta de Illy, atestada de cadáveres, el legendario encuentro, el miserable emperador que, no pudiendo soportar el trote del caballo, se había caído bajo la violencia de alguna crisis, fumando acaso maquinalmente un cigarrillo, mientras que un rebaño de prisioneros, lívidos, cubiertos de sangre y de polvo, llevados de Fleigneux á Sedan, se colocaba á ambos lados del camino para dejar pasar el coche; los primeros callados, los otros gruñendo, los otros poco á poco exasperados, haciendo estallar su cólera á gritos, amenazándole con los puños en un gesto de insulto y de maldición. Después hubo aún la interminable travesía del campo de bata.

lla, una legua por caminos destrozados, por entre cadáveres, con los ojos grandes abiertos, amenazadores, hubo el campo helado, los vastos bosques mudos, la frontera en lo alto de una cuesta después, al final de todo, bajando el camino, más allá, por entre abetos, por el fondo del estrecho valle.

¡Y qué primera noche de destierro, en Bouillon, en una posada, en el hotel del Correo, rodeado por tal muchedumbre de franceses refugiados y de curiosos, que el emperador creyó deber presentarse entre los murmullos y los silbidos! El cuarto, cuyas tres ventanas caían sobre la plaza, y el Semoy era el cuarto vulgar, con sillas de damasco rojo, con el armario de luna, con la chimenea adornada con un reloj de zinc, con conchas y rasos de flores artificiales, cubiertos con fanales.

A derecha é izquierda de la puerta había dos camas pequeñas. En una se acostó el ayudante de campo, á quien el cansancio hizo que durmiera desde las nueve de la noche. En la otra, el emperador tuvo que dar vueltas durante mucho tiempo, sin poder conciliar el sueño y se levantó para pasear su mal; no tuvo más distracción que mirar colgados á la pared, á los dos costados de la chimenea, unos grabados que se encontraban allí, representando uno á Rouget de Lisle cantando la Marsellesa, el otro, el Juicio final, una llamada furiosa de trompetas, tocadas por arcángeles que hacían salir de la tierra á todos los muertos, la resurrección del osario de las batallas subiendo á declarar ante Dios.

En Sedan, el tren de la casa imperial había quedado abandonado, detrás de las lilas, en el jardín del sub prefecto. No se sabía cómo hacerlos desaparecer, quitarlos de la vista de las pobres gentes que morían de hambre, tal era la insolencia agresiva que habían tomado, la ironía atroz que representaban en medio del desastre y que los hacía insoportables. Hubo que aguardar á una noche muy

negra. Los caballos, los coches, los furgones, con su vajilla de plata, sus cestas de vinos finos, salieron con mucho misterio de Sedan, se fueron también á Bélgica por caminos extraviados, sin hacer ruido, con un estremecimiento inquieto de robo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
SAN MONTERREY, MEXICO

### TERCERA PARTE

#### I

Durante la interminable jornada de la batalla, Silvina, desde el ribazo de Remilly, donde estaba construida la casería del señor Fouchard, no había cesado de mirar hacia Sedán, envuelto entre el humo y el tronar continuo de los cañones, temblando, con el pensamiento fijo en Honorato. Y al día siguiente aumentó su inquietud, por la imposibilidad de procurarse noticias exactas entre los prusianos que guardaban los caminos, que se negaban á contestar, no sabiendo ellos tampoco lo que sucedía. El sol claro de la víspera había desaparecido, habían caído aguaceros que entristecían el valle con una luz lívida.

A la caída de la tarde, el señor Fouchard, atormentado igualmente en su mutismo, no acordándose mucho de su hijo, pero deseando averiguar qué consecuencias iba á tener para él la desgracia de los otros, estaba á la puerta de su casa, aguardando los sucesos, cuando vió á un muchachón alto, con blusa, que desde hacía un momento rondaba por el camino. La sorpresa fué tan grande al reco-